

las sociedades populares, de una jóven que pasaba por su querida, y que sus confidentes decían que estaba dotada de un don de inspiración y de profecía. Los republicanos, cansados del ateísmo, pensaban ya en el fondo de sus corazones, en trasformar el principio democrático en religión, y en divinizar á la libertad con mas derecho que el que habia tenido la edad media para divinizar á los reyes.

LIBRO CINCUENTA Y CUATRO.

Saint-Just y Lebas comisionados de la Convención en los ejércitos. — Saint-Just reprime el terror en Estrasburgo — Carta íntima de Lebas. — El poder de Robespierre equilibrado por Danton. — Chaumette y Hebert — *El Padre Duchesne*. — Club de mugeres. — Las calceteras de Robespierre — *La sociedad fraternal*. — *La sociedad revolucionaria*. — Rosa Lacombe. — El club de las mugeres se cierra por orden de la Convención. — Facción de Hebert. — *El Padre Duchesne* y *El Viejo franciscano*. — Camilo Desmoulin. — Origen de *El Viejo franciscano*. — Robespierre defiende la libertad religiosa en los Jacobinos. — Depuración de los Jacobinos. — Danton da cuenta de su proceder. — Robespierre le defiende protegiéndolo. — Ataca á Anacharsis Klootz. — Escusa á Camilo Desmoulin. — Informe de Robespierre en la Convención. — Danton adivinado por Robespierre. — Fragmento de *El Viejo franciscano*. — Tentativa de union entre Hebert y Robespierre. — Proposición rechazada de un triunvirato. — Política de la comision de salud pública. — Danton se engaña. — Doctrinas profesadas por Robespierre en la Convención. — Tentativa de insurrección de Hebert. — Aborto. — Informe de Saint-Just á la Convención. — Prision de Hebert y sus cómplices. — Son sentenciados á muerte. — Prision de los amigos de Danton.

I.

Durante los primeros meses del año de 1794, Saint-Just y Lebas, unas veces unidos y otras separados, pero confidentes íntimos de Robespierre, corrían desde el ejército del Norte al del Rhin, de Lila á Estrasburgo, para reorganizar los ejércitos, vigilar á los generales y avivar ó moderar el espíritu público en los departamentos ame-

nazados. Saint-Just no tan solo llevaba á los tribunales el nervio de una voluntad inflexible, sino que llevaba al campo de batalla el ánimo de su juventud y el ejemplo de una intrepidez que asombraba al soldado. El no prodigaba menos su sangre que su concepto. «Saint-Just decía su colega Baudot á su vuelta de los ejércitos, ceñido con la faja de representante y adornado el sombrero con el penacho tricolor, carga á la cabeza de los escuadrones republicanos y se arroja al combate en medio de la metralla y del arma blanca con la confianza y el entusiasmo de un húsar.»

El jóven representante tuvo muchos caballos muertos debajo de sí. No prescindia de su bélico entusiasmo, sino para entregarse á los asiduos trabajos del organizador, no permitiéndose ninguna distraccion de las que su juventud podía ambicionar, pareciendo no conocer otro placer que el triunfo de su causa. Este procónsul de veinte y cuatro años, dueño de la vida de miles de ciudadanos y de la fortuna de tantas familias, que veía á sus pies á las mugeres y á las hijas de los presos, mostraba la ansteridad de Escipion. Las cartas que escribía desde el campamento á la hermana de Lebas respiran el mas casto afecto. Terrible en el combate, desapiadado en el consejo, respetaba interiormente á la revolucion como á un dogma del cual no le era permitido sacrificar nada á los sentimientos humanos. Igualmente implacable con los que manchaban la república, que con los que la hacian traicion, envió á la guillotina al presidente del tribunal revolucionario de Estrasburgo, que habia imitado é igualado en la Alsacia las atrocidades de Lebon. La mision de Saint-Just en Estrasburgo salvó millares de cabezas. Disgustado del terror al contemplarlo de cerca escribía á Robespierre: «El uso del terror ha estragado el crimen, asi como los licores fuertes estragan el paladar. Sin duda aun no es tiempo de hacer el bien; el bien particular que se hace no es mas que un paliativo. Es menester esperar un

mal general bastante grande para que las opiniones experimenten una reaccion. La revolucion debe detenerse en la perfeccion de la dicha y de la libertad pública por las leyes. Sus convulsiones no tienen otro objeto y deben derrihar á todo lo que se les oponga. —Se habla de altura de la revolucion (escribia en otra parte de sus Meditaciones íntimas) ¿Quién la fijará? Es movable. ¡Pueblos ha habido que han caido de mas alto!»

II.

Lebas, su amigo, y casi en todas partes su colega, habia sido un discípulo de Robespierre. Adicto á Robespierre por su identidad de principios como revolucionario la amistad le habia hecho adherirse muy particularmente á su persona. Nació en Frevent en las cercanías de Arras, y sus disposiciones oratorias manifestadas en las causas populares le habian llevado á la Convencion. Seguía en un todo las ideas de Robespierre, estrella polar de sus opiniones. Probo, modesto, silencioso, y sin otra ambicion que la de seguir las ideas de su maestro, creía en su virtud y en su infalibilidad, poniendo en sus manos su conciencia y sus votos. Ciertas relaciones de familiaridad y casi de parentesco, estrechaban aun mas la intimidad de sus opiniones. Lebas, introducido por Robespierre en casa de Duplay, se habia convertido en miembro de aquella familia casándose despues con la mas jóvea de las hijas de su huésped. La misma mano que blandia el sable á la cabeza de nuestros batallones, y que firmaba la prision ó la libertad de tantos proscriptos, escribía á aquella jóvea soñando en la felicidad doméstica bajo el mismo techo, bajo el cual soñaba Robespierre sus teorías manchadas de sangre. «Cuando yo pueda poner el sello á una union de la cual pende la dicha de mi vida. ¡Oh! qué dulce será

el momento en que te vea. ¡Cuán crueles sacrificios me impone la patria con estas ausencias! Pero las cosas van mal, y aquí son necesarios diputados verdaderamente patriotas. Ayer hice arrestar á dos generales. En tributando á París todos los servicios de que soy capaz, gozaré la dicha de estar cerca de tí. Entonces estaremos unidos. Di á Robespierre, que mi salud no podrá sufrir mucho tiempo el rudo oficio en que me ejercito. Perdóname la brevedad de mis cartas, es la una de la noche y vuelvo agobiado de fatiga y me voy á dormir para soñar en tí... Cuando mi colega Duquesnoy y yo vamos en nuestro carruage y que él agobiado por el trabajo permanece silencioso ó se duerme, yo no pienso sino en tí. Cualquiera otra idea indiferente me es importuna. Tú y los negocios políticos ocupas esclusivamente mi pensamiento; estos por mi deber, tú, solo por mi amor. Ahora que mi presencia no es tan necesaria, ¿tendrá Couthon algún miramiento con su jóven colega? ¿Considerará Robespierre que yo he hecho ya bastante, para abreviar el término de mi sacrificio? Ocupate querida Isabel, del arreglo de nuestra futura casa... Ayer he escrito de prisa á Robespierre. Estoy contento con Saint-Just, tiene talento y excelentes cualidades. Abraza á toda la familia sin olvidar á Robespierre que es un segundo hermano tuyo y mio. Saint-Just tambien está impaciente por volver á París; tú sabes por qué... Hemos ido esta mañana él y yo á visitar una de las mas altas de estas montañas, en cuya cima hay un antiguo castillo arruinado sobre una roca escarpada. Allí los dos experimentamos, dirigiendo la vista en derredor nuestro, una impresion deliciosa. Este ha sido el único dia en que hemos tenido un momento de descanso. Hubiera querido tenerte á mi lado para participar contigo la emoción que yo sentia, pero tú estás á cien leguas... Saint-Just y yo no hemos cesado de tomar medidas para asegurar el triunfo de nuestros ejércitos. Corremos dia y noche y ejercemos la mas infatigable vigilancia. En el instante en que

menos nos espera un general nos ve llegar y pedirle cuenta de su conducta. Me tengo por dichoso porque no tengas prevención alguna contra Saint-Just. Le he prometido una comida hecha por tu mano. Es un excelente hombre y yo lo quiero y lo estimo cada dia mas. La república no tiene otro defensor mas ardiente é inteligente. Estamos perfectamente de acuerdo en todo. Lo que hace que lo quiera mas, es que continuamente me habla de tí y me consuela todo lo que puede. A lo que me parece da una gran importancia á nuestra amistad. Algunas veces me dice cosas que me prueban un cariño verdadero. Voy á escribir á Enriqueta. Presumo que continuais amándoos como siempre.»

III.

Estos detalles interiores atestiguan la sencillez de las pasiones y de los intereses que se agitaban en torno del dueño de la república. Robespierre el jóven, Saint-Just, Couthon, el italiano Buona rotti, Lebas y algunos jóvenes sencillos en su patriotismo, varios artesanos pobres y honrados, y algunos sectarios fanatizados por las doctrinas democráticas, formaban toda la corte de Robespierre. La casa de un trabajador continuaba siendo su palacio, mas parecido á la escuela de un filósofo que al círculo de un dictador. Pero este filósofo, tenía un pueblo indócil por discípulo y aquel pueblo tenia la cuchilla en la mano. Robespierre en esta época conocia que no tenia aun suficiente fuerza para imponer á la Convención. Danton vivia y podia equilibrarla en la Montaña. Hebert, Pache, Chaumette, Vincent y Ronsin, lo despreciaban en la municipalidad. La comision de salud pública no estaba aun dominada por él; el tribunal revolucionario era un instrumento dócil á todos los partidos; el populacho de

París estaba desencadenado é intimidaba al verdadero pueblo, cuya hez era. La libertad era el escándalo hasta de los mismos republicanos. Esta época no era la del reinado, sino la de las saturnales de la república.

Hebert y Chaumette, fomentaban todos los días mas y mas estos ésesos; el uno con su periódico *El Padre Duchesne* y el otro con sus discursos. Aquellos dos hombres, discípulos de la escuela de Diderot, removian la erápula del corazon humano. Profesaban el ateismo. El perpétuo diálogo que tenian con el pueblo estaba salpicado de juramentos y de aquellas palabras impuras que son á la lengua de los hombres lo que las inmundicias á la vista y al olfato. Estas palabras soeces infestaban el vocabulario de la libertad. El cinismo y la ferocidad se comprenden. La ferocidad es el cinismo del corazon. El bajo pueblo estaba orgulloso al ver elevarse su trivialidad á la altura de un lenguaje político. Aquel disfraz le hacia reir como si fuese la mascarada de las palabras. La lengua habia perdido su pudor. Su desnudez no la hacia avergonzarse y se adornaba como una prostituta.

IV.

Las mugeres del pueblo habian sido las primeras en aplaudir la desvergüenza de Hebert. Mirabeau las habia incitado con una palabra pronunciada en Versalles el día anterior á las jornadas del 5 y 6 de octubre: «Si las mugeres no toman parte en esto, dijo á media voz á los emisarios de la insurreccion parisiense, no se habrá hecho nada.» Sabia que una vez inflamado el furor de las mugeres, se convierte en accesos y profanaciones que esceden á la audacia de los hombres. La inspiracion antigua, este furor sagrado hervia sobre todo en las sibilas. Los demagogos sabian demasiado que las bayonetas se

émbotan delante del pecho de las mugeres, y que las manos inermes son las que mas pronto desarman á los mejores soldados. Las mugeres de París acudieron á la cabeza de las bandas de la capital, y en efecto, habian violado las primeras el palacio del rey, blandido el puñal sobre el techo de la reina y paseado en París en las puntas de sus picas, las cabezas de los guardias de corps asesinados. Albertina de Mericourt y sus bandas habian marchado al asalto de las Tullerías el 20 de junio y el 10 de agosto. Terribles durante el combate, y crueles despues, habian asesinado á los vencidos, mutilado los cadáveres y chupado su sangre. La revolucion con sus agitaciones, sus jornadas, sus juicios y sus cadalsos, se habia convertido para aquellas mugeres en un espectáculo tan necesario para ellas como los combates de los gladiadores lo habian sido para las patricias corrompidas de Roma. Avergonzadas de verse escluidas de los clubs de los hombres, aquellas mugeres habian fundado al principio bajo el nombre de *sociedades fraternales* y despues con el de *sociedades de mugeres republicanas y revolucionarias*, algunos clubs de su sexo. Habia tambien al lado del lugar de su reunion, hasta unos clubs de muchachos de doce á quince años, llamados *Los Niños Rojos*, nombre con que se habia bautizado á aquellos precoces republicanos. Aquellas sociedades de mugeres tenian tambien sus oradores. La municipalidad de París, en vista del informe de Chaumette, habia decretado que las heroínas de las grandes jornadas de la revolucion, tuvieran reservado un puesto distinguido en las ceremonias cívicas y que fuesen precedidas de una bandera con esta inscripcion: «*Han barrido á los tiranos delante de ellas!*» Asistirán á las fiestas nacionales, decia el decreto de la municipalidad, con sus maridos y sus hijos, y allí harán calceta.» De ahí les vino el nombre de *calceteras de Robespierre*, nombre que cubrió de oprobio aquel signo del trabajo manual y del hogar doméstico. Todos

los días algunos destacamentos de aquellas mercenarias pagadas por la municipalidad, se distribuían en las cercanías del tribunal, en la carrera que habían de seguir las carretas y sobre los escalones de la guillotina para aplaudir á la muerte, insultar á las víctimas y saciar sus ojos de sangre. La antigüedad tenía sus planideras pagadas, y la municipalidad sus *furias* asalariadas.

V.

La *Sociedad fraternal de mugeres* tenía sus sesiones en una sala inmediata á la de los Jacobinos. Aquella reunion se componía de mugeres literatas; discutían con mas decencia las cuestiones sociales análogas á su sexo, tales como el matrimonio, la maternidad, la educacion de los niños, las instituciones de socorros y de consuelos á la humanidad. Eran estas las filósofas de su sexo. Robespierre era su oráculo y su ídolo. El carácter utópico y vago de sus instituciones era conforme al genio de las mugeres, mas á propósito para soñar la dicha social que para formular el mecanismo de las sociedades.

La Sociedad revolucionaria estaba en San Eustaquio, y se componía de mugeres perdidas, aventureras de su sexo, reclutadas en el vicio ó en la miseria.

El escándalo de sus sesiones, el tumulto de sus proposiciones, la bizarria de su elocuencia y la audacia de sus peticiones importunaban á la comision de salud pública. Aquellas mugeres iban á dictar leyes, so pretexto de dar consejos á la Convencion, y era evidente que sus actos eran inspirados por los agitadores de la municipalidad y de los Franciscanos. Aquellas mugeres eran la vanguardia de un nuevo 31 de mayo. Afiliadas particularmente al club de los Franciscanos, abandonado despues del eclipse de Danton á los mas frenéticos demagogos,

ellas calcaban sus doctrinas agrarias sobre el club de los *Rabiosos*. Aquellos tres clubs, eran á la municipalidad, lo que el de los Jacobinos era á la Convencion; tan pronto su azote, tan pronto su freno, y algunas veces su cuchilla. Hebert era su Robespierre y Chaumette su Danton.

VI.

Una muger jóven, bella y elocuente, si se puede dar este título á la inspiracion desordenada del alma, presidia este último club. Se llamaba Rosa Lacombe. Hija sin madre conocida, nació entre los bastidores de uno de los teatros de provincia, y se crió en los teatros subalternos. Para ella la vida no habia sido sino un mal papel, y la palabra una perpétua declamacion. De naturaleza móvil y turbulenta, el entusiasmo revolucionario la habia arrastrado en su torbellino. Señalada, admirada y aplaudida en las primeras agitaciones de París, aquella grande escena del pueblo la habia hecho disgustarse de cualquiera otra escena. Asi como Collot de Herbois, que habia pasado á pie llano del teatro á la tribuna, como él, llevaba á las tragedias reales de la república los acentos y la accion de su primitiva profesion. El pueblo ama naturalmente las naturalezas declamatorias. Lo gigantesco le parece sublime. Mas sensible al ruido que á la verdad, todo lo que contrasta á la naturaleza le parece superior á ella.

Las mugeres del club revolucionario estaban orgullosas con aquella muger que hablaba como un hombre, que gesticulaba como una actriz y que deslumbraba por su belleza. Aquella muger era la Pytia de los arrabales. Las almas perdidas que fermentaban aquellos clubs, se envaneían de tener á su cabeza un ser que el vicio ha-

bia marcado desde muy temprano con el mismo sello que á ellas. Una muger pura las hubiera humillado, y Rosa Lacombe les parecia rehabilitar su profesion por el exceso de su republicanismo. Tenia un ascendiente poderoso sobre la municipalidad; reprendia á los diputados, y Bazire y Marat se contenian delante de ella. Solo Robespierre, entre los dueños de la opinion, la cerraba su puerta; pero se hacia abrir la de las prisiones; sentenciaba ó absolvía; obtenia encarcelamientos ó perdones. Fácilmente conmovida por las lágrimas, intercedia con frecuencia por los acusados.

El amor la habia sorprendido en uno de los calabozos que visitara. La belleza de un jóven preso, sobrino del corregidor de Tolosa y aprisionado con su tío, la habia herido. Rosa Lacombe lo habia intentado todo para salvar á su protegido, por lo cual injurió á la Convencion. Bazire y Marat la denunciaron en los Franciscanos como una intrigante que queria sobornar á los patriotas. «Esa muger es peligrosa, porque es elocuente y bella, dijo Bazire.—Me ha amenazado si no hago poner en libertad al corregidor de Tolosa, dijo Marat; me ha confesado que no era este magistrado, sino su sobrino, el que interesaba á su corazon. A mí, á quien se me acusa de dejarme dominar por las mugeres, he resistido á sus importunaciones, porque yo quiero á las mugeres que no corrompen ni calumnian á la virtud. Estas mugeres han osado atacar hasta á Robespierre.» A estas palabras Rosa Lacombe se levantó en la tribuna y pidió que la dejase responder. El club se agitó, los espectadores se dividieron, los unos queriendo que se la oyese, los otros pidiendo que se la espulsase. El presidente se puso el sombrero y el club decidió que se hiciese una peticion á la comision de seguridad general para la depuracion de la sociedad de las mugeres revolucionarias. La Convencion no se atrevió aun á disolverla.

VII.

Robespierre se indignó altamente de aquellas orgías de la opinion, en donde so pretesto de animar al patriotismo se pervertia la naturaleza. Chaumette temia la ira de Robespierre y quiso conjurarla preparando una escena teatral, en la que afectaria la austeridad del tribuno de las costumbres, contra los excesos que él mismo habia provocado. Hácia el fin de enero, una columna de mugeres revolucionarias, reclutadas y guiadas por Rosa Lacombe, adornadas con el gorro encarnado y ostentando desnudez en su traje, forzó la entrada del consejo de la municipalidad, é interrumpió la sesion con sus peticiones y con gritos. Algunos murmullos de indignacion concertados de antemano se levantaron en el seno de la asamblea. «Ciudadanos, exclamó Chaumette, haceis un gran acto de razon con esos murmullos. La entrada en el recinto en donde deliberan los magistrados del pueblo, debe ser prohibida á los que insultan á la nacion.—No, dijo un miembro del consejo, la ley permite entrar aqui á las mugeres.—Que se lea la ley, replicó Chaumette; la ley ordena que se respeten las costumbres y que se hagan respetar: aqui las veo despreciadas. Además, ¿cuándo ha sido permitido á las mugeres abjurar su sexo, abandonar los cuidados piadosos del matrimonio, la cuna de sus hijos, para venir á la plaza pública, á la tribuna de los oradores, á la barra del senado y á las filas de nuestros ejércitos, á usurpar los derechos que la naturaleza ha dado á los hombres? ¿A quién ha confiado aquella los cuidados domésticos? ¿Nos ha dado pechos para criar á nuestros hijos? ¿Ha hecho delicados nuestros miembros para hacernos mas propios para los cuidados de la casa y de la familia? No; ha

dicho á los hombres, sed hombres; y á la muger, ¡tú serás la divinidad del santuario interior! ¡Mugeres imprudentes que quereis convertirnos en hombres! ¿No estais contentas con haberos cabido en suerte el dominar nuestros sentidos? Vuestro despotismo es el del amor, y por consecuencia el de la naturaleza.» (A estas palabras las mugeres se quitaron de la cabeza el gorro encarnado.) «Acordaos, continuó Chaumette, de aquellas mugeres perversas que escitaron tantas turbaciones en la república; de aquella muger altanera de un esposo perdido, la ciudadana Roland, que se creyó capaz de gobernar á la nacion y que corrió á su pérdida; de aquella muger-hombre, la imprudente Olimpia de Gouges, que fué la primera que fundó sociedades de mugeres, y que murió por sus crímenes! Las mugeres no son algo, sino cuando los hombres no son nada; testigo Juana de Arco, que no fué grande sino porque Carlos VII no era tan hombre como debía serlo.»

Las mugeres se retiraron convencidas en la apariencia por la elocuencia de Chaumette. Pero Rosa Lacombe continuó, por instigacion de Hebert, agitando la hez de su sexo. Varios grupos de mugeres, vestidas con un pantalón rojo y adornado el cabello con la escarapeta nacional, insultaron y dieron sendos latigazos en los parques públicos á inocentes jóvenes sorprendidas por ellas sin llevar el signo del patriotismo.

Amar, provocado por Robespierre, tomó la palabra con este motivo en la Convencion. «Os denuncio, dijo, una reunion de mas de seis mil mugeres que se titulan jacobinas y miembros de una pretendida sociedad revolucionaria. La naturaleza por la diferencia de fuerza y de conformacion les ha impuesto otros deberes. El pudor que les impide la publicidad, les hace un deber de permanecer en el interior de las familias.» La Convencion adoptó estos principios y cerró los clubs de mugeres. Rosa Lacombe volvió á la oscuridad y á la abyeccion de donde

la sacó la pasion revolucionaria. Hebert y su partido perdieron aquellas bandas amaestradas por ellos en la sedicion, primero suplicantes y despues imperiosas contra la representacion nacional.

VIII.

El partido de Hebert en la municipalidad, aspiraba abiertamente á continuar y aun á traspasar al partido de Marat, comenzando ya á inquietar á la comision de salud pública y á cansar á Robespierre y á Danton: Hebert, dueño de la municipalidad por Pache, Payan y Chaumette; del pueblo por los gefes subalternos de los motines; del ejército revolucionario por Ronsin; del club de los Franciscanos por sus nuevos oradores, en cuyo número se señalaba el jóven Vincent, secretario general del ministerio de la Guerra, dueño en fin, de las sublevaciones mas tumultuosas de la multitud por su periódico *El padre Duchesne*, en el cual agitaba el fuego de una perpétua sedicion, atacaba tímidamente á Robespierre y abiertamente á Danton. Minadas aquellas dos grandes popularidades, contaba Hebert con imponer fácilmente su demagogia á la Convencion. El ideal de aquel partido no era ni la libertad ni la patria; era la subversion total de todas las ideas, de todas las religiones, de todo pudor, y de todas las instituciones en donde habia estado basado hasta entonces el órden social: la tirania absoluta y sanguinaria del pueblo de Paris sobre el resto de la nacion; la decapitacion en masa de todas las clases nobles, ricas, literatas y morales que habian dominado por su rango, por sus luces y por sus preocupaciones; la supresion de la representacion nacional, y en fin, el establecimiento por todo gobierno, de una dictadura absoluta como el pueblo, é irresponsable como el destino.

Cada uno de los miembros principales de aquella faccion, Hebert, Chaumette, Vincent, Momoro y Ronsin, se abrogaba en su pensamiento aquella magistratura suprema. Entretanto, se le habia confiado al corregidor Pache, carácter abstracto, misterioso y taciturno y cuyo exterior tenia una analogia terrible, con el poder vengativo, implacable y mudo que se tratara de personificar con él.

La sed insaciable de sangre que hacia cinco meses que no se veia harta de suplicios, las sublevaciones continuas contra los ricos y los negociantes, los gritos contra los monopolistas, las locuras del *maximum* impuestas á la Convencion, las demoliciones, las exhumaciones y las violaciones de las sepulturas, las apostasias impuestas á Gobel y á su clero bajo pena de muerte, la proscripcion de cien mil sacerdotes perseguidos, encarcelados y martirizados por su fé, la profanacion de las iglesias, las parodias de cultos, la promulgacion del ateismo, los honores tributados á la inmoralidad, y en fin, el catecismo crapuloso y sanguinario que *El Padre Duchesne* publicaba todas las mañanas en sus columnas al pueblo, eran los sintomas que revelaban á Robespierre y Danton los planes ó los delirios de aquella faccion. Pero escudada por la municipalidad todo lo podia despreciar. Danton, retirado casi siempre en una casa de campo que acababa de comprar en Sevres, abandonaba la tribuna de los Franciscanos á sus enemigos y su popularidad á si misma. Rara vez comparecia en los Jacobinos, y aun esto lo hacia, no como en otras ocasiones para destruirlo ó para arrastrarlo todo, sino para justificarse y quejarse. Rodeado de una pequeña corte de hombres sospechosos que su buena fortuna le habia atraído, parecia estar espiondo en su inaccion que desmayase el gobierno para apoderarse de él. Afectaba no hacer caso del poder y desdeñar altamente los partidos. El triunvirato subalterno de Hebert, Chaumette y Ronsin, le parecia demasiado imperceptible para merecer

una mirada suya. Por otra parte veia con secreta alegría en aquel triunvirato, un modo de equilibrar, cuando lo necesitase, la fortuna ascendiente de Robespierre. Danton se limitaba á defenderse de las mordeduras de Hebert y de su jauria que no cesaban de vociferar contra él.

Aquel impolitico encarnizamiento del partido de Hebert contra Danton, en el momento en que este partido queria despopularizar á Robespierre y domar á la comision de salud pública, tenia su origen en una rivalidad de periodistas entre Hebert y Camilo Desmoulins. Este respondió á Hebert con folletos en que la injuria se grababa como un hierro hecho ascua, en la frente de sus enemigos.

IX.

Desde la muerte de los girondinos habia callado Camilo Desmoulins, pero en la época á que nos referimos, acababa de tomar de nuevo la pluma y de publicar algunas hojas sueltas, dignas á la vez de Tácito y de Aristofanes, contra los escesos del terror y contra las doctrinas de Hebert. Trataba de poner en ridiculo el crimen, pero la muerte no se rie. La publicacion de aquellas hojas sueltas, habia sido á la vez como todos los actos de Camilo Desmoulins, un arrebató de cólera y una caricia secreta á dos grandes popularidades. Hé aquí su origen.

Una de las últimas noches del mes de enero, Danton, el jurado del tribunal revolucionario Souberbielle y Camilo Desmoulins, salieron juntos del palacio de justicia. El dia habia sido sangriento: quince cabezas habian rodado por la mañana en la plaza de la Revolucion y veinte y siete habian sido sentenciados á muerte en la sesion, comprendiéndose en este número á lo mas selecto de la antigua magistratura de París. Aquellos tres hombres con la cabeza baja y el corazon angustiado por las siniestras

impresiones del espectáculo que acababan de presenciar, marchaban en silencio. La noche, que da mas fuerza á las reflexiones, y que abre paso á los secretos del alma, era sombría y fria. Al llegar al Puente nuevo, Danton se volvió de pronto hacia Souberbielle: «¿Sabes, le dijo, que al paso que se vá no habrá seguridad para nadie? Los mejores patriotas se confunden sin exámen con los traidores. La sangre que los generales vierten en los campos de batalla no les dispensa de derramar la que les queda en el cadalso. Estoy cansado de vivir. Mira, el rio parece que lleva sangre.—Es verdad, dijo Souberbielle, el cielo tiene el color rojo y vaticina una gran lluvia de sangre detrás de esas nubes. Estos hombres habian pedido jueces inflexibles y no quieren ya sino verdugos complacientes. Cuando yo les niego una cabeza inocente, me dicen que soy demasiado escrupuloso. ¿Pero qué puedo hacer yo? continuó Souberbielle con abatimiento. Yo no soy mas que un patriota oscuro, ¡ah! si yo fuese Danton.—Danton duerme, cállate, respondió el rival de Robespierre á Souberbielle. El se despertará cuando sea tiempo. Todo esto empieza á horrorizarme. Soy un hombre de revolucion, pero no un hombre amigo de la carnicería. Pero tú, prosiguió Danton dirigiéndose á Camilo Desmoulins, ¿por qué guardas silencio?—Estoy cansado ya de callar, respondió Camilo; la mano me pesa, he tenido grandes deseos no hace mucho tiempo de aguzar la pluma como un puñal y herir á esos miserables. ¡Que se guarden de mí! Mi tinta es mas indeleble que su sangre. ¡Mancha eternamente!—Bravo, Camilo, repuso Danton. Empieza, pues, desde mañana. Tú que eres quien mas ha impulsado á la revolucion debes también sujetarla. Tranquilízate, continuó Danton, bajando la voz, esta mano te ayudará, ¡tú sabes que es fuerte!» Los tres amigos se separaron en la puerta de la casa de Danton.

Al día siguiente, Camilo Desmoulins escribió el primer número del *Viejo franciscano*. Despues de haber-

solo leído á Danton, Camilo se lo llevó á Robespierre, seguro de que un ataque á los *Rabiosos* no disgustaria mucho al dueño de los Jacobinos que secretamente aborrecia á Hebert. Había mucha prudencia oculta en la temeridad de Camilo Desmoulins, y una gran dosis de adulacion hasta en su valor. Indeciso aun Robespierre sobre las disposiciones de los Jacobinos y de la Montaña, ni aprobó ni rechazó á Camilo Desmoulins, guardando en sus palabras la misma libertad que queria tener en sus actos: pero el escritor entrevió el pensamiento de Robespierre en su reserva, y comprendió que si no animaba su audacia, al menos le seria perdonada.

X.

Pero si Robespierre titubeaba en atacar al terror temeroso de herir y desarmar á la comision de salud pública, no dudaba en combatir solo cuerpo á cuerpo, á los que depravaban la revolucion y querian convertir los cultos en ateismo. Mas asiduo que nunca á los Jacobinos, á pesar de la calentura lenta que lo consumia, los contenia solo sobre la pendiente en que la municipalidad y los Franciscanos querian precipitarlos. Esperaba hacia mucho tiempo, una ocasion para lavar sus manos de las immoralidades y de la impiedad de Chaumette y Hebert. Este, animado por la complicidad de una parte de la Montaña, no tardó mucho en ofrecérsela á Robespierre. Habia hecho desfilar por el recinto de la Convencion una de esas procesiones de hombres y mugeres revestidos con los despojos de las iglesias. Al siguiente dia se presentó en los Jacobinos para renovar las mismas escenas y arrastrarlos en pos de sí, atreviéndose á dirigir algunas alusiones mal encubiertas contra su gefe: «La politica de todos los tiranos, dijo Hebert, es dividir para reinar. La

de los patriotas como nosotros es la de unirnos para acabar con los tiranos. Ya os he advertido que hay intrigantes que tratan de introducir la discordia entre nosotros. Se han citado varias espresiones de Robespierre contra mí. Todos los días se me pregunta cómo es que no he sido preso, á lo que yo respondo: ¿Existe la comision de los Doce? Sin embargo, no desprecio estos rumores. Algunas veces, antes de oprimir se quiere conocer la opinion pública. Robespierre, es el que se dice que debia denunciarme á la Convencion, y ponerme preso con Pache: tambien decian que Danton habia emigrado cargado con los despojos del pueblo y que estaba en Suiza. Esta mañana lo he encontrado en las Tullerías, y puesto que está en Paris, es preciso que venga á esplicarse fraternalmente á los Jacobinos. Todos los patriotas deben desmentir por sí mismos, los rumores injuriosos que corren de ellos. Es necesario seguir rigorosamente la causa de los cómplices de Brissot. Cuando se ha juzgado al malvado era indispensable haber juzgado á sus cómplices: ¡habiendo juzgado á Capeto no podia menos de juzgarse á toda raza! Momoro pidió el esterminio de los sacerdotes.

A esta mocion, Robespierre que espiaba el momento de tener una esplicacion con Hebert, y que veia que se retrasaba por aquella especie de llamada á la concordia del gefe de la municipalidad, no quiso dejar pasar la ocasion favorable que se le ofrecia. «Yo habia creido, dijo levantándose, que Momoro trataria la cuestion presentada por Hebert á la atencion de la asamblea, pero ni siquiera la ha abordado. Nos queda pues, investigar las verdaderas causas de los males que afligen á la patria. ¿Es cierto que nuestros mas peligrosos enemigos son los restos impuros de la raza de nuestros tiranos, esos cautivos cuyos nombres sirven aun de pretexto á los rebeldes y á las potencias estrangeras? Voto en mi corazon porque la raza de los tiranos desaparezca de la tierra; ¿pero

puedo cegarme sobre la situacion de mi pais hasta el punto de creer que la muerte de la hermana de Capeto, baste para extinguir el foco de las conspiraciones que nos destrozan? ¿Es verdad que la principal causa de nuestros males está en el fanatismo? El fanatismo espira, podria decirse que ya ha muerto! ¡Temeis segun decís á los sacerdotes, cuando estos se apresuran á abdicar sus titulos, para cambiarlos por los de municipales, administradores y aun presidentes de las sociedades populares! No, no es el fanatismo el que debe ser hoy día el objeto de nuestras inquietudes. Cinco años de una revolucion que ha descargado sobre los sacerdotes deponen de su impotencia. No veo mas que un solo medio de que salgan de ella, y este medio es el espresar que se cree en su fuerza. El fanatismo es un animal feroz y caprichoso. Huye ante la razon; si le perseguís dando alaridos, pronto se revolverá contra vosotros!

«¿Y qué otro efecto puede producir ese celo exagerado y fastuoso, que tan encarnizado se muestra contra él, de poco tiempo acá? ¿Con qué derecho, unos hombres desconocidos hasta aqui en la carrera de la revolucion, vienen á buscar en estas persecuciones los medios de usurpar una falsa popularidad, de arrastrar á los patriotas á falsas medidas y de arrojar entre nosotros la fatal tea de la discordia? ¿Con qué derecho vienen á perturbar la libertad de cultos en nombre de la misma libertad y á atacar al fanatismo por medio de otro nuevo fanatismo? ¿Con qué derecho harian degenerar en farsas ridiculas los solemnes homenajes tributados á la mas pura verdad? ¿Por qué ha de permitirseles que jueguen así con la dignidad del pueblo y que aten al cetro mismo de la filosofia los cascabeles de la locura? ¿Han querido suponer que acogiendo la Convencion las ofrendas cívicas de las iglesias, habia proscripto el culto católico! No, la Convencion no lo hará nunca. Su intencion es mantener la libertad de cultos que ha proclamado y reprimir al mis-

mo tiempo á todos los que abusen de ella para turbar el órden público: no permitirá, pues, que se persiga á los ministros públicos del culto. Se ha denunciado á algunos sacerdotes por haber dicho misa, pero la dirán por mucho tiempo si se les impide decir la. El que impide decir la misa, es mas fanático que el que la dice.

«Hay hombres que quieren ir mas lejos, que so pretexto de destruir la supersticion tratan de hacer del ateismo una religion. La Convencion nacional aborrece semejante sistema. La Convencion no es un componedor de libros, ni un autor de sistemas metafísicos; es un cuerpo político y popular encargado de hacer respetar, no solamente los derechos sino tambien el caracter del pueblo francés. ¡No en vano ha proclamado la declaración de los derechos del hombre en presencia del Ser Supremo! El ateismo es aristocrático. La idea de un gran Ser que vigila sobre la inocencia oprimida y que castiga al crimen triunfante, es popular.»

Los jacobinos de la clase indigente aplauden este discurso: Robespierre continuó: «El pueblo, los desgraciados me aplauden; si yo encontrase censores aqui, seria entre los ricos y entre los culpables. Yo no he cesado un dia desde mi infancia, de abundar en las ideas morales y políticas que acabo de esponeros. Si Dios no existiese era preciso inventar uno... Hablo en una tribuna, confiuó, en donde un impudente girondino osó calificarme de criminal por haber pronunciado la palabra Providencia, y en qué tiempo? Cuando con el corazon ulcerado por todos los crímenes de que éramos testigos y victimas, cuando vertiendo lágrimas amargas por el pueblo eternamente engañado, eternamente oprimido, trataba de elevarme por cima de la turba de conspiradores de que estaba rodeado, invocando contra ellos la venganza celeste en defecto del rayo popular. ¡Ah! en tanto que exista la tiranía, ¿cuál será el alma enérgica y virtuosa que no apele en secreto de su triunfo sacrilego á esa justicia

eterna que parece haber escrito en todos los corazones el decreto de muerte de todos los tiranos? A mí me parece que el último mártir de la libertad exalaria su alma con un sentimiento mas dulce descansando en esta idea consoladora. ¡Este sentimiento es el de Europa, el del universo y el del pueblo francés! ¿No veis el lazo que os tienden los enemigos ocultos de la república y los emisarios de los tiranos estrangeros? Los miserables quieren justificar de este modo las groseras calumnias cuyo descaro reconoce toda Europa, y hacer se separen de vosotros por las prevenciones y por las opiniones irreligiosas aquellos á quienes la moral y el interés comun unen á la sublime y santa causa que defendemos.»

Robespierre pidió la espulsion de Proly, de Dubuisson y de Pereyra. La separacion fué decretada. Robespierre, oido al principio con admiracion y despues con frialdad, habia batido á Hebert y Chaumette, batiendo el ateismo. Sacó este hombre sus fuerzas de su grande valor y sus rayos de aquel instinto eterno del alma humana que atesigua la presencia de un Dios. Al poner á Dios de manifiesto, Robespierre se creaba á si mismo y á la revolueion una conciencia y un juez. Si hubiera sido un malvado vulgar, habria buscado el modo de ocultar al pueblo la luz divina en lugar de hacerla revivir en él. En su discurso jugó su popularidad contra su profesion de fé.

Vencido aquel dia el partido de Hebert en los Jacobinos, se vengó en la municipalidad, ejerciendo actos atroces de intolerancia contra la libertad de cultos. Danton habló en la Convencion contra aquellos perseguidores, pero como un hombre político que quiere se respete un hábito sagrado del pueblo, y no como filósofo que es el primero en adivinar la mas alta idea del espíritu humano. Aquella identidad, sin embargo, de animadversion comun contra Hebert y Chaumette, unió por un momento á Robespierre y á Danton.

El primero continuó reuniendo á los Jacobinos contra los energúmenos de la municipalidad, y denunciando á los intrigantes y á los exagerados. «En el movimiento súbito y extraordinario en que nos hallamos, dijo, tomaremos todo lo que el pueblo puede confesar, y rechazaremos todos los excesos, por los cuales nuestros enemigos quieren deshonorar nuestra causa. Se trata de agitarlos y dividirlos so color de las querellas religiosas, y nosotros las ahogaremos. Confundiremos al ateísmo y respetaremos las creencias sinceras.» Intimidado Hebert por el valor de Robespierre se desmintió á sí mismo, y fingió reprobar por un momento las persecuciones y los escándalos que el mismo había promovido. La comision de salud pública aprovechó aquel terror de los hebertistas para proclamar por boca de Robespierre los principios del gobierno en una respuesta á los manifiestos de los reyes coaligados contra la república.

XI.

Las depuraciones continuaron en los Jacobinos como se había decidido en la sesion precedente. Todos los miembros fueron citados uno despues de otro, y tuvieron que sufrir un exámen público de sus opiniones y de su vida.

Al momento en que Danton compareció para dar cuenta de sus acciones, un murmullo de animadversion corrió por la sala. Danton se turbó un momento, pero despues, armándose de la imperturbabilidad de una virtud que no tenia, «He oido rumores, dijo, y ya sé que han circulado denuncias graves contra mí. Pido, en fin, justificarme ante el pueblo. Intimo á todos los que han podido concebir sospechas en contra mia, á que precisen sus acusaciones, porque quiero responder en público. He

esperimentado una especie de disfavor al presentarme á la tribuna ¿He perdido acaso los rasgos que caracterizan las facciones de un hombre libre? ¿No soy el mismo Danton que se encontró á vuestro lado en todos los momentos de crisis? ¿No soy el mismo á quien habeis abrazado con frecuencia como á vuestro amigo y el que debe morir con vosotros? ¿He sido uno de los mas intrépidos defensores de Marat, é invoco la sombra del *Amigo del pueblo!* Os aturdireis cuando yo os haga conocer mi conducta privada, al ver que la colosal fortuna que mis enemigos me suponen, se reduce á una pequeña porcion de bienes que siempre he poseido. Desafio á los mal intencionados á que me prueben ni un crimen. Todos sus esfuerzos no podrán conmovirme. Quiero estar en pie confundido entre el pueblo, y vosotros, me juzgareis en su presencia. Yo no rasgaré ni una página de mi historia, asi como vosotros no rasgareis las de la vuestra, que debe immortalizar los fastos de la libertad.»

Despues de este exordio, que rompía por decirlo asi el sello que hacía mucho tiempo que había puesto á su alma, Danton se abandonó á una improvisacion tan acumulada y tan rápida, que la pluma fué impotente para seguirla y notarla. Pasó revista á su vida, y se hizo un pedestal con sus actos revolucionarios, desde el cual desafió á sus calumniadores, y concluyó por pedir que se nombrasen doce comisionados para examinar su conducta. Un religioso silencio acogió esta súplica. Se veía que el pueblo conmovido por su elocuencia, creía mas en su genio que en su conciencia.

Robespierre podía con una sola palabra precipitar ó elevar á Danton; conoció que se necesitaba de este hombre para equilibrar la popularidad de Hebert. Salvándole quiso mostrarle que podía perderle. Subió á la tribuna, no con la lentitud reflexiva que acostumbraba usar ordinariamente cuando quería tomar la palabra, sino con la precipitacion de un hombre que va á parar un gol-

pe próximo ya á descargar. «Danton, le dijo apostrofándole con voz severa, ¿pides que se precisen las quejas que hay contra tí? Nadie levanta la voz y yo lo voy á hacer. Danton, de lo que te se acusa, es de haber emigrado; se ha dicho que habias ido á Suiza, que tu enfermedad era fingida para ocultar al pueblo tu fuga. Se ha dicho que tu ambicion era ser regente de Luis XVII; que en cierta época todo estaba preparado para proclamar tu dictadura; que eras el gefe de la conspiracion; que ni Pitt, ni Cobourg, ni Inglaterra, ni Austria, ni Prusia eran nuestros mas peligrosos enemigos, que tú eras á quien mas debia temerse; que la Montaña estaba llena de cómplices tuyos, y en una palabra, que era necesario degollarte.

«La Convencion, prosiguió Robespierre, sabe que no estoy de acuerdo con las ideas de Danton; que en el tiempo de las traiciones de Dumouriez mis sospechas se habian adelantado á las suyas. Entonces yo le eché en cara el no haber perseguido á Brissot y á sus cómplices con mas vehemencia. Juro que estos fueron los únicos cargos que le hice.... Danton, ¿no sabes, prosiguió el orador con una voz casi enternecida, que cuanto mas valor y patriotismo tiene un hombre, tanto mas se encarnizan en su pérdida los enemigos de la causa pública? Los enemigos de la patria parecen que me colman de elogios exclusivamente, pero yo los rechazo. Detras de estos elogios, yo no veo sino el puñal con que se ha querido degollar á mi patria. La causa de los patriotas es solidaria. Tal vez me engaño respecto á Danton, pero visto en familia no merece sino elogios. Le he observado tambien bajo el aspecto politico. Una diferencia de opinion entre él y yo, me le ha hecho espiar con cuidado, y algunas veces hasta con ira. Danton quiere que se le juzgue, tiene razon; pero yo pido que se me juzgue á mí tambien. Que se presenten esos hombres que pretenden ser mas patriotas que nosotros.»

XII.

Este testimonio salvó á Danton, pero no le hizo recobrar su perdido crédito. Esto era lo que queria Robespierre. Le hacia falta Danton como protegido, no como igual, porque tenia necesidad de aquella voz en la Montaña para batir á la municipalidad. Sometida esta y reducido Danton á un papel subalterno en los Jacobinos, se veria obligado á servir ó á temer. Robespierre no usó de los mismos miramientos ni de los mismos artificios, con los demas miembros exagerados ó corrompidos de la Convencion, que dominaban en los Jacobinos ó en los Franciscanos. Habiéndole llegado el turno á Anacharsis Klootz, *el orador del género humano*; «¿Podemos mirar como patriota, exclamó Robespierre, á un baron alemán? ¿Cómo democrata á un hombre que tiene cien mil libras de renta? ¿Como republicano á un hombre que solo trata con los banqueros extranjeros y con los contrarevolucionarios enemigos de la Francia? ¡Klootz! pasas tu vida con los agentes y los espías de las potencias extranjeras (Proly, Dubuisson y Pereyra), eres un traidor como ellos y es menester vigilarte. ¡Ciudadanos! Vosotros le habeis visto tan pronto á los pies del tirano y de su corte, como de rodillas ante el pueblo. Ha hecho la corte á Brissot, á Dumouriez y á la Gironda. ¿Quería que la Francia atacase al universo! Ha publicado un folleto titulado *Ni Marat ni Roland*. Ha dado un bofetón á Roland, pero ha dado otro mas ultrajante á la Montaña. Sus extravagantes opiniones, su obstinacion en hablar de una república universal para inspirarnos el furor de las conquistas, son otros tantos lazos tendidos á la república para darla por enemigos á todos los pueblos y á todos los elementos. Tambien ha fomentado el movimiento contra el